

El retrato de don Marco Fidel Suárez vuelve a casa¹

Por Teresa Morales de Gómez²

En el año 2005, cuando se conmemoraba el sesquicentenario del nacimiento de don Marco Fidel Suárez, el Director del Boletín Padre Luis Carlos Mantilla, trabajaba buscando datos y recuerdos para la edición especial proyectada para esa ocasión. Al repasar los Boletines publicados en los meses de abril y mayo de 1955 cuando se celebraba el primer centenario, encontró referencias a un retrato de Suárez que se había estrenado en esas fechas.

Como no se encontraba ninguna en la pinacoteca de la Academia, circunstancia ya muy dicente, el Padre Mantilla, investigador muy dilecto, amigo de desentrañar misterios y con ribetes de detective, se dio a la tarea de buscar el destino de la pintura. Sabía que en 1955 había sido encargado al pintor Delio Ramírez por instrucciones de la Junta Directiva de la Academia y que se había pagado el costo de su factura.

Pero ¿dónde había ido a para?

Entonces, por esas “cosas de la vida”, una académica pariente del sujeto retratado, que estaba informada del misterio, fue a dar al Instituto Caro y Cuervo donde, en amplio salón, ocupaba lugar preponderante un retrato de Suárez pintado por Delio Ramírez. La académica, viendo la imagen de su antepasado y recordando que en las paredes de la Academia de Historia faltaba la efigie del Presidente, buscó contactos con la curadora del Instituto,

1 Este artículo fue publicado en el Boletín de Historia y Antigüedades Vol. 95, No. 840. pp. 167-169, y facilitado para éste Repertorio conmemorativo por don Eduardo Durán Gómez, presidente de la Academia Colombiana de Historia.

2 Nacida en Bogotá, estudió filosofía y letras en la Universidad de los Andes, siempre ha estado ligada a la cultura y las artes. Trabajó en la Sala de Música de la Biblioteca Nacional y durante el gobierno de Belisario Betancur tuvo la misión de restaurar el Museo de Arte Colonial. Los temas que la apasionan: la historia de Colombia y la época de la hegemonía conservadora, pues su abuelo don Marco Fidel Suárez fue uno de los mandatarios de este periodo. Gracias a este interés ingresó a la Academia Colombiana de Historia como miembro correspondiente en 1995 y en el año 2000 fue promovida a numeraria. Pertenece además, a la Academia Colombiana de la Lengua como académica de número.

le preguntó por la tradición de la pintura y la puso al tanto del deseo de la Academia de recuperarlo.

La curadora, doña Rosita Grimaldi, contestó muy amable y firmemente: “Ni pensar que el presidente Suárez se vaya de aquí”, dijo. Está muy bien colocado, debe sin duda figurar entre sus amigos filólogos, luce muy satisfecho, pero además y más importante, está catalogado en los inventarios del Instituto”. Y despidió a la académica con una sonrisa. Parecía que el cuadro se iba a quedar en el Instituto para siempre jamás.

Bueno, ya se sabía donde estaba, pero si esa incognita estaba despejada, la forma de recuperarlo seguía siendo un dilema.

Entonces ocurrió otra de esas “cosas de la vida”.

La académica fue invitada a cierta reunión en el Instituto y después del almuerzo de trabajo tomó parte de un grupo de invitados que recorría los hermosos espacios de la Hacienda de Hierbabuena. Ya para finalizar el paseo, entraron a la antigua casa de don Manuel José Marroquín al fondo del corredor. Al recorrerla, la académica de mi historia se encontró con otra pintura de don Marco, tan elegante y de tan buena factura como aquel que estaba en el “amplio salón”.

Había una esperanza. No se iba a retirar el cuadro alejado a Suárez de la compañía de sus admirados Caro y Cuervo y pensó que mediante salomónica y generosa decisión cada institución podría tener el suyo.

Pero faltaba pedirlo de nuevo.

Aquí los esfuerzos del Presidente de la Academia se unieron a los del Director del Boletín y a los de la académica. Buscaron documentos en actas, contratos, discursos, crónicas y referencias. Armaron un voluminoso dossier que afianzaba su pedido, lo encomendaron a los buenos oficios del Espíritu Santo para que iluminara al Consejo Directivo del Instituto y éste aprobara su solicitud.

Y así fue.

Explicaba el doctor Santiago Díaz Piedrahita que en otras épocas se acostumbraba entre entidades culturales cuyos directivos colaboraban con base en la amistad y los fines comunes de sus instituciones, prestar sus elementos sin emplear ninguna de las formalidades de rigor, que hoy son comunes y

necesarias como pólizas de seguridad, actas de entrega y recibo, etc. Y suponía que el lienzo había sido prestado al Instituto para un homenaje a don Marco y no fue devuelto ni reclamado.

El fina de esta historia es un final feliz. El retrato de don Marco Fidel Suárez está ahora colocado en el Despacho del Presidente de la Academia donde recibe los saludos tanto de sus colegas actuales como los de antaño. Entre ellos la más satisfecha es la académica de marras, pues firmó el Acta de entrega que devolvía el recuerdo de don Marco a sus legítimos propietarios.